

algo que me paralizaba. Algo así como respeto...

—¡En el gabinete núm. 6!—dijo Reully.

—Eso mismo me dije al fin. Y entonces me volví temerario.

Quise estrechar á Solange en mis brazos.

—¿Solange?—exclamó el marqués levantándose de la silla.

—Sí, Solange; es un nombre muy común entre los Niverneses y en Berri. Pues bien, creí llegar á la felicidad cuando con vertiginosa rapidez me rechazó exclamando: ¡No, no puede ser! ¡Ah, señores míos, qué belleza! Me acerco de nuevo, y de nuevo me rechaza. Los otros dos, tanto ella como él, que estaban completamente embriagados, hacen un esfuerzo para serenarse y contemplan la escena. Fui un cobarde. No me atreví á mandar y supliqué de rodillas. No hubo tentadora oferta que no le hiciera: pero rehusó llorando.

Llegué á decirle:

—¿Eres rica?

Montalambert, poniéndose muy grave, añadió:

—Y lo que es más raro aún, señores, es que aquella muchacha, por la cual se arruinaría uno gustoso, me contestó:—Tengo todavía seis francos. Y cuando os encontré venía del puente de la Concordia. Tuve intención de ahogarme. Pero me faltó el valor. ¡Puede ser que mañana lo tenga!...

Y antes de que pudiera reponerme de mi sorpresa abrió la puerta y huyó.

Me sobrepuse y corrí tras ella. ¡Adiós Solange! ¡Estaba ya lejos, y ni se la distinguía siquiera! ¡No me conformaré nunca!

El marqués estaba lívido.

—Pero la volveré á ver á costa de todo.

Oliverio se levantó, y acercándose al barón le preguntó:

—¿Habeis dicho Solange?

—Sí.

—¿Sabeis cuál es su apellido?

—Me lo dijo Felisa.

—¿Y os acordais?

—Solange Fargeas.

—Gracias.

Y sin añadir una palabra más, saludó á sus amigos y se fué.

—¿Qué es lo que pasa á esa?—preguntó Montalambert.

—Querido—dijo Reully,—esa Solange es hija de uno de sus guardas, y creo que hay una historia entre ellos. Tallevande me ha referido que Oliverio estaba loco por esa chica.

—¡Pero!...—exclamó Montalambert.

—Lo está todavía.

—¡Y furioso!—añadió Reully.

XXXVII

Juan Tremor refirió á su hermano que los Simón se habían enmendado, y vivían como el matrimonio más pacífico é inofensivo del cantón.

El cura de Chevagnes, hombre sencillo y

crédulo, se vanagloriaba de tener mucha parte en aquel milagro.

Después de la muerte del anciano marqués de Tauuay, Simón no había vuelto á coger la escopeta.

La casa, completamente restaurada, y en la cual reinaba el mayor orden, parecía otra.

La *Bigornia*, vistiendo sencillo, pero limpio y bien hecho traje de cotonada, se hallaba siempre cosiendo, en un rincón de la salita, faldas para las muchachas del pueblo.

Nadie la conocería. Peinaba con esmero su cabello gris; la fisonomía parecía más tranquila y estaba menos ajada. Aquella tranquilidad le quitó quince años de encima.

Simón trabajaba sin descanso en la fragua. Esta había vuelto á ser lo que era en sus buenos tiempos, la mejor de la comarca.

Pero el pobre diablo, apesar de esta prosperidad, ya no cantaba. Se parecía al zapatero del cuento, que perdió en alegría cuanto ganó en riqueza.

Siempre que le preguntaban la causa de su pésimo humor, contestaba:

—¡El bosque!

Los amigos suponían que echaba de menos la caza furtiva.

Se engañaban.

Lo que Simón tenía era miedo; lo que le había curado de su arraigada pasión fué la sacudida que había recibido en la conciencia.

Todo borracho se cura experimentando una fuerte emoción.

Él había sufrido una terrible, y no podía reponerse de ella.

El crimen de Parcemouse no le dejaba vivir.

En vano procuraba distraerse, entregándose á incesante trabajo. Pero en todas partes veía la sombra de Labranche. Por eso no había vuelto á poner los pies en el bosque.

Su presentimiento se había realizado:

—¡Esa muerte nos perseguirá siempre!— exclamaba sin cesar.

Ni él ni su mujer habían vuelto al sitio del crimen.

Así es que el tesoro de Chevagnes estaba intacto.

Los Simon no cogieron nni una sola moneda.

Preciso es hacerles justicia y decir que aquella masa de oro no tentaba su codicia.

Simón la hubiera dado entera con tal de resucitar el cadáver que habían echado al foso.

La *Bigornia* pensaba de distinto modo. No quería nada para ella; pero á veces, al pensar en Solange, cuyas cartas eran cortas, tardías y tristes, se decía que la casualidad les había proporcionado aquella fortuna para dársela á aquella desheredada criatura y sostener á su madre.

Hubiera querido llevarla á París, y decir á Solange:

—¡Toma, para tu hijo!

¿Pero cómo explicarle la procedencia de aquel tesoro y hacer que lo aceptara?

Una tarde se quedó sola en su casa.

Simón había ido con el aprendiz de la fragua á Chateau-Chinon, á hacer algunas compras:

Entró una vecina, y dijo:

—Traigo una carta para vos, Simona; me la dió el cartero, porque tenía mucha prisa y no podía detenerse.

He aquí el contenido de las líneas de Solange:

«Simona mía:

»Estoy perdida. Todo me falta, y comprendo perfectamente que es preciso también renunciar á *todo*... Si no me volveis á ver, no me olvidéis, y decid á mis padres que les he querido siempre con toda mi alma.

»¡Y también al otro!...

»Os abraza,

»SOLANGE.»

La antigua sirvienta conocía muy bien París. Quince ó veinte años de ausencia no eran bastantes á que se borrara todo recuerdo.

Decidió en seguida lo que debía de hacer.

—¡Iré!—exclamó.—Es preciso que yo la vea. ¡Ppqr Solange!

¿Pero cómo hacer aquel viaje?

Los Simón estaban bien, como se está en todo pueblo, cuando se posee una casucha, algún terreno para sembrar, buenos brazos y un oficio lucrativo que dé para comer y ves-

irse con tosca tela y calzar zuecos y bastos zapatos.

¡Mas para ir á Paris!

¡Y Solange careciendo de todo! ¡Era ella misma quien lo confesaba! ¡A no estar desesperada, no hubiera dado aquel paso, de seguro!

No había, pues, tiempo que perder.

La *Bigornia* recordó su antiguo oficio.

Pues qué, ¿no sabía ella deslizarse como una eulebra por el campo, sin que nada delatará su presencia?

Y aquel dinero enterrado, inútil, perdido, ¿no estaba á su disposición?

Verdad es que no le pertenecía. Ella lo sabía muy bien. Era del marqués.

¿Pero éste no había contraído obligaciones con Solange?

Cerró la puerta, y por vez primera, después del asesinato del guarda, se encaminó hácia el bosque, apoyándose en un grueso bastón.

Eran las seis de la tarde. La luna aparecía roja como la sangre por encima del campanario de Chevagnes. El tiempo era seco y frío.

La *Bigornia*, al llegar á la vertiente del lado opuesto á la casa de los Fargeas, se detuvo un rato.

La casa estaba cerrada. Una débil claridad brillaba á través de los cristales.

Simona distinguió perfectamente á Fargeas y Catalina sentados uno frente á otro, junto á la chimenea. La llama del hogar ilu-

minaba sus semblantes. ¡No se decían ni una palabra los desgraciados!

El perro comenzó á aullar. Fargeas levantó la cabeza, pero no se movió de su sitio.

La *Bigornia* tuvo miedo de que la sorprendieran y se alejó.

Media hora después llegó á las alturas de Parcemouse.

Todo continuaba cual ellos lo dejaron.

Simona respiró.

Y después de haberse cerciorado bien de que estaba completamente sola, levantó la piedra ayudándose con el bastón.

No era supersticiosa, y nada la arredraba. Sin embargo, al entrar en aquella especie de misteriosa gruta, se impresionó.

Allí estaba el tesoro tal como lo dejaron; ¡allí estaba, á su disposición!

Echó en un saco algunos puñados de lises, que sumarian, poco más ó menos, unos diez mil francos. Puso luego todo en orden, y emprendió la vuelta á Chevagnes.

Cuando entró en la fragua, Simón estaba de vuelta.

Dirigió á su mujer una mirada inquieta, recelosa.

—¿De dónde vienes?—preguntó.

Ella se encogió de hombros.

—¿Qué te importa? Del pueblo.

—¿No será de rondar por el bosque, supongo?

—¿Qué te importa?

—No vayas, sobre todo, de noche.

Su mujer le miró atentamente. Parecía

loco. Semejante turbación, la alteración de sus facciones, pusiéronla en cuidado.

—¿Te ha sucedido algo?

—Nada.

—Me engañas, Simón, y haces mal. Si no me confías hasta lo último que piensas, no podrás vivir tranquilo. Ya sabes que te advino.

Le hablaba con dulzura, como á niño enfermo. La unión de aquellos dos seres no dejaba de ser conmovedora.

—Pues bien; sí—dijo él,—¡vale más que lo sepas!... Fui al pueblo. Entré en el café. Rara vez voy, temeroso de que se me escape alguna palabra... y, además, huyo de todos desde...

—No te ocupes más del pasado.

—Uno de los guardas de Mauvert, el gran borgoñón, que por cierto nos detesta, estaba sentado á una mesa cerca de la nuestra, con uno de sus camaradas. Reían burlonamente y se volvían hacia mí. Al fin, mirándome con impertinencia, el guarda de Mauvert me gritó: «¿No es verdad, Simón, que, si quisieras, podrías darnos noticias de Labranche?»

Yo me puse lívido, según me dijo el aprendiz, pero no contesté.

El otro continuó:

—Se supone que está en América, ó en otra parte, muy lejos; pero yo creo que si buscaran bien, hallarían la placa de su banderola en el bosque de Chevagnes... ¡Hermosa placa! ¡Por cierto que es de plata, con las armas del marqués! ¿No es verdad, Simón?

Yo había recuperado mi aplomo.

¡Comprometerme así delante de todos! Eso era demasiado. Estaban allí Rivot de Gagne, Touvard de Préporché, maese Chadouín, el carrero, primo de los Tremor, y otros muchos. Cogí una barra de hierro que había colocado cerca de mí, é iba á aplastarle con ella, cuando el carrero, tirándome del brazo, me dijo:

—¡Paciencia!

Ya sabéis que maese Chadouín apenas habla; pero cuando lo hace es siempre oportunamente. Reflexioné, volví á dejar donde estaba el bastón de hierro, y dije al guarda de Mauvert:

—Nos volveremos á encontrar...

Ese borgoñón tiene pocas simpatías; nadie le quiere. Sin duda por esto me gritaron: —Bravo, Simón.—¡Pero es igual! ¿Se habrá propuesto ese infame no dejarnos vivir en paz?

—Vamos, no pienses más en eso y óyeme —dijo ella.

—¿Qué vas á decirme?

—Es preciso que me vaya á Paris.

Simón tembló como la hoja en el árbol.

—¿Me vas á dejar solo, aquí?

—Tienes al aprendiz. No tardaré en volver. Dentro de ocho días, á lo más, estaré aquí.

—¿Y á qué vas á París?

—A cumplir un deber.

—¿Se trata de Solange?

—Precisamente. Le debes la vida, Simón.

Fué buena para los dos, cuando estábamos

en desgracia. Ahora nos toca á nosotros socorrerla á ella.

—¿Te ha escrito?...

—Que está desesperada. Pero no sé nada más. Ya comprenderás; es joven, le falta energía. ¡Desmaya!

—¡Y con qué dinero?...

—¿No tenemos más del que podemos desear?

—¿No habrás ido allí?...—dijo él levantándose.

—¿Tú preferirías morir junto á esa suma antes que tocarla, no es verdad?

—Sí.

—¡Y ver morir de miseria á Solange, á nuestra Solange, tan buena, que te atendió cuando estabas enfermo y carecías de todo!...

El no sabía qué hacer ni qué decir. Estaba sumamente preocupado.

La Simona, en tanto, iba á la cocina, arreglaba los muebles, atizaba el fuego y ponía la mesa para cenar.

Su marido abrió una de las ventanas y se asomó.

Luego se acercó á su mujer y dijo en voz baja:

—Si quieres, iremos esta noche. ¡Para ella sí! Si se tratara de mí, preferiría perecer de hambre antes que coger el dinero del marqués.

—¡Ya supuse que tu corazón hablaría! Por lo demás, el trabajo está hecho. Puedes dormir tranquilo. Mañana, antes que sea de día, saldré de aquí.

—¿No te habrán visto?

—Ya sabes que no me dejo coger; no soy tonta.

El sintió que se le quitaba un peso de encima.

La sola idea de volver á poner los pies en el bosque, le trastornaba el juicio.

—Seguirás trabajando mucho durante mi ausencia, y eso te hará olvidar....

El movió tristemente la cabeza y se calló.

Al día siguiente, la *Bigornia*, vestida como lugareña que va á la ciudad, se había levantado antes que el sol.

Anduvo seis leguas, lo cual era un paseito para ella, y subió después al coche de Montsanche, que la llevó á la Charité, donde tomó el tren para París.

A las diez de la noche se apeaba en la estación de Lyon.

Un carruaje de alquiler la llevó á la calle de Provence.

Y con la mayor ansiedad, temiendo una mala noticia, preguntó por Solange al portero.

Este se limitó á contestar:

—Quinto piso, puerta de la izquierda.

Agil como una cabra, subió los cinco pisos y llamó á la puerta, que se abrió en seguida.

Y se oyeron estas dos exclamaciones, hechas que denotaban igual vehemencia.

—¡Mi Solange!

—¡Simona!

La pobre muchacha se echó en brazos de

su amiga, bien agena de que le llevaba la salvación.

La *Bigornia* no cesaba de contemplarla.

—Estás preciosa, Solange de mi alma. ¡Pero cuánto has llorado!

En efecto, los ojos de Solange estaban muy encarnados de tanto llorar.

—Vamos, cuéntame tus penas, y, ¡por Dios! no temas nada. Yo estoy aquí.

Sobre una mesita había una carta abierta.

Era de la nodriza de Cormeilles, avisando á Solange que si no le pagaba cuanto la debía, antes de las doce del día siguiente, le llevaría á su hijo.

—¿Qué la debes?

—Una cantidad respetable, cuando no se tiene nada; ¡noventa francos!

Simona se echó á reir.

Solange confesó la miseria en que se hallaba.

¡No había comido!

Aquella mañana gastó la última moneda que le quedaba.

Refirió todo, absolutamente todo lo que le había sucedido.

Los ojos de la *Bigornia* brillaban más que nunca, tan pronto de indignación, como de inteligencia y de malicia.

—Iremos á Cormeilles mañana temprano, mi Solange; y tranquilízate, nada te faltará en lo sucesivo.

—¿Pero sois rica, Simona?

—Bastante.

Y explicó que había heredado á un parien-

te lejano, por lo cual era rica; pero que ocultaba esta noticia á todos los del pueblo, á fin de evitar envidias; que Simón trabajaría durante algun tiempo aún, y que luego se retiraría.

—No tengo hijos—terminó diciendo—y te considero como si fueras hija mia.

Y echó sobre la mesa dos ó tres paquetes de luises.

—¿Te acuerdas de los que nos llevaste á la fragua?—añadió.—Salvaron la vida á Simón.

Solange dejó caer la cabeza en el hombro de la *Bigornia*.

—¡Y vos salvais la mia!—exclamó la pobre niña.

Y siguieron hablando mucho, antes de acostarse.

—No tengas miedo—repitió Simona al terminar la conversación.—Conmigo, nadie te vencerá.

Aquella misma noche, Felisa y el marqués de Taunay estaban de conferencia en el gabinete de la modista.

Si esta no hubiera tenido puesto sus cinco sentidos en la alegría que le causaba la esperanza de salir victoriosa en su empresa, hubiese podido oír un ligero ruido, que procedía del lado de una espesa cortina, á pocos pasos de ella.

Era Juliana, que se entregaba á su ocupación favorita.

Escuchaba detrás de la puerta; pero esta vez tenía una disculpa, la gratitud.

Una hora después, Román Tremor recibía el siguiente aviso:

«Mañana va á Cormeilles. Ignoro la hora. Podeis tener casi la seguridad de encontrar á vuestro adorado tormento. ¡Cumplo mi promesa, ingrato: *Juliana*.»

FIN DEL TOMO PRIMERO.

